



Reseña de Libros

PRÓLOGO DEL LIBRO “LAS ADICCIONES EN LA HIPERMODERNIDAD”

SILVIA ONS

Título: Las adicciones en la hipermodernidad. La incidencia del semejante en la constitución subjetiva: un abordaje desde las toxicomanías

Autor: Mabel Levato

Editorial: Logo Kalós

Año: 2017

El libro de Mabel Levato tiene el gran mérito de abordar el tema de las toxicomanías en un previo pasaje por la metapsicología freudiana. Gran conocedora de esta obra, nos adentra desde el inicio en los tópicos vinculados con la representación y con el *Kern* como el núcleo de nuestro ser, lugar donde yace nuestra singularidad. La mayoría de los trabajos que se refieren al uso de las drogas, lo hacen tomando como base cuestiones sociológicas, y no pudiendo sustraerse de las problemáticas del presente caen en una suerte de descripción del fenómeno. Hay sin duda abordajes más que interesantes pero abocados al asunto en sí mismo, en los que se priorizan los textos psicoanalíticos que se refieren explícitamente a esta materia. Levato parte de un camino diferente, rastrea en Freud y luego en Lacan las aristas fundamentales que hacen a la constitución de la



estructura subjetiva, para desde allí enfocar el tema “droga” y su inserción en esta realidad actual tan “toxicómana”. Esta ruta es la que la lleva a un verdadero análisis del asunto, desbrozando los textos de ambos autores y marcando sus puntos de su articulación. Lo interesante radica en que no se trata solo de aquellos artículos generalmente citados cuando se habla de adicciones, sino de aquellos que no son considerados pero que le permiten bordear la problemática de manera inédita. Cobra relevancia su dilucidación del “complejo del semejante”, ya que si la adicción quiebra el lazo con el Otro, habría que retrotraerse al núcleo insondable del semejante en el que abreva su singularidad, para advertir que el objeto droga intenta taponarla. Es entonces lo heterogéneo del semejante lo que intenta elidirse pero si ese núcleo alude también al del propio sujeto, lo que intenta obturarse es tanto lo heterogéneo de sí mismo y del Otro. Rechazo, en suma-como lo plantea la autora al final-del inconsciente como ajeno y extraño al yo.

El malestar de la cultura actual dista del descripto por Freud pero sus argumentaciones respecto a las adicciones tienen absoluta vigencia. Levato recuerda que desde el comienzo de su obra, Freud plantea una relación entre adicción y masturbación. Define a la masturbación como el gran hábito que designa como “adicción primordial” mientras que las otras (alcoholismo, morfinismo, cocainismo etc.) serían sustitutos y relevos de aquel. La matriz autoerótica de la drogadicción indica la permanencia de un goce en el propio cuerpo que prescinde del Otro y que se diferencia del síntoma ya que no llama a la interpretación. La búsqueda del narcótico para alcanzar el éxtasis seguramente supera al simple onanismo, pero ambos tienen en común privilegiar el autoerotismo a la relación con el otro sexo. Por ello Levato nos dice que “el objeto droga hace uso de la estructura,



pero para taponar esa falta entre el sujeto y el Otro, rompiendo de esta manera el lazo social, que es lo que nos trata de transmitir Lacan al decir que el toxicómano rompe el casamiento del hace pipi, o sea rompe con el falo y eso implica a lo simbólico y al Otro”.

La autora desmenuza la manera en la que los imperativos sociales ligados a gozar intensamente predisponen a la búsqueda de sustancias tóxicas para satisfacerlos. Conecta también al imperativo de goce con la promoción de la masturbación devenida “saludable” y ya no privada sino pública, hábito que-siguiendo a Freud-se entronca con las adicciones. Levato muestra la manera en la que se puede considerar que el superyó de nuestro siglo, anticipado muy bien por Lacan, es un superyó desligado de los ideales de antaño, el deber entonces no se liga con la realización de esos ideales. Así, el imperativo se vuelca hacia un presente sin espera: debes....gozar. Freud siempre vinculó el ideal y el superyó, a veces los homologó, y finalmente pensó al ideal como una de las funciones del superyó. Es importante recordar que el ideal del yo atesora valores familiares, sociales y el primitivo narcisismo ligado al cumplimiento de tales valores. Se infiere que la devaluación de los valores signa el ocaso de esta instancia, así se puede pensar con Lacan en un superyó desamarrado de aquella.

Pero el imperativo de ser felices todo el tiempo sería opuesto a la definición de la felicidad en Freud ya que él decía sabiamente que la felicidad es episódica y parcial, amante de los contrastes y de las diferencias, intempestiva y nunca continua. En su texto “El malestar en la cultura”¹ afirma que: “el propósito de que el hombre sea dichoso no está contenido en el plan de la < Creación> .Lo que en sentido estricto se llama

¹ Freud, S., “El malestar en la cultura”. *Obras Completas*, T XXI, trad. J.L. Etcheverry, Bs. As., Amorrortu editores, 1985, p. 76.



<felicidad> corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de éxtasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio de placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado. Ya nuestra constitución, pues, limita nuestras posibilidades de dicha. Resuena la conocida afirmación de Borges: en todo día hay un momento celestial y otro infernal.

La felicidad freudiana no es contraria al altibajo, ya que más bien lo supone, ella emerge cual ave Fénix, siempre entre cenizas. ¿No se eliminaría ella misma al intentar hacer desaparecer la disparidad de las tonalidades? Paradójicamente, el hombre siempre eufórico sería el hombre infeliz, ya que cuando la felicidad se transforma en el deber superyoico del ¡siempre! deja ella de ser felicidad. Cuando la dicha deviene exigencia, obligación, mandato, se apelará al tóxico para esos fines, sabemos que a toda adicción subyace una orden

Cabe recordar la ética freudiana relativa al goce: que “el programa que nos impone el principio de placer, el de ser felices, es irrealizable”. Sí es posible una felicidad episódica, que jamás puede prescribirse como igual para todos: “Discernir la dicha posible es en ese sentido moderado un problema de la economía libidinal del individuo. Sobre este punto no existe consejo válido para todos; cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza” Alude así Freud a una frase atribuida a Federico el Grande: “En mi dominio cada hombre puede alcanzar la bienaventuranza a su manera”. Dice Pascal que: “Nuestros sentidos no perciben nada extremo. Demasiado ruido nos ensordece. Demasiada luz nos deslumbra: las cantidades extremas son nuestras



enemigas. Ya no sentimos, sufrimos:” El filósofo ha captado que el extremo- llamado en psicoanálisis exigencia de goce superyoico- no es el placer pero también que en ese extremo, se produce un alejamiento del campo sensible.

En “El malestar en la cultura”, Freud afirma que la vida que nos es impuesta resulta gravosa, nos trae dolores, desengaños, tareas insolubles. Las fuentes del malestar provienen, por un lado, del cuerpo condenado a la decadencia y a la aniquilación, por el otro, del mundo exterior con su lado amenazante, por último, de las relaciones con los otros seres humanos, fuente esta, sin duda, de sinsabores más constantes Para soportarla-asevera-no podemos prescindir de calmantes. Ubica tres tipos de resarcimientos:

- poderosas distracciones que nos hagan valorar un poco nuestra miseria.
- satisfacciones sustitutivas que la reduzcan.
- sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas.

En este último grupo ubica al narcótico. Notemos que en los tres casos está en juego el dolor de existir pero que en el último ya no se trata solo de reducir este dolor sino de volverse insensible: al Das Ding, a la heterogeneidad que hay en mí y en el Otro. El libro de Mabel Levato encara con minucia estas dimensiones.